

Epifanía

La fiesta con la que concluye el tiempo de Navidad se ha apropiado de esta palabra griega que significa ‘manifestación’. Es la otra cara o, si se quiere, el necesario desenlace del misterio del nacimiento del Señor, que celebramos al comienzo de este tiempo litúrgico. Dios se ha hecho carne, sí. Pero su encarnación tiene como finalidad darnos a conocer la vida de Dios y, por eso, a su nacimiento debe seguir su manifestación.

Esta dinámica de revelación y manifestación atraviesa los relatos de la infancia de Jesús que escuchamos estos días en la liturgia. Ellos nos ayudan a entrar en el misterio de la Navidad y nos ofrecen una pauta para vivir este tiempo de gracia. Al recordar y celebrar el nacimiento del Señor, estamos celebrando también su manifestación al mundo, a cada uno de nosotros. Pero esta manifestación, esta epifanía, solo tiene sentido si nosotros nos ponemos en camino para encontrarnos con aquel que se nos revela.

El relato de los magos menciona algunos pasos de este itinerario. Es un relato dinámico, construido sobre verbos de movimiento, que evocan un camino espiritual. La escena evangélica comienza situándolos en Jerusalén, pero antes de llegar allí los magos han hecho un largo camino y todavía tendrán que continuarlo hasta llegar a Belén: Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo. Lo primero fue ponerse en camino. Pero este primer movimiento, que implicaba dejar su casa y su tierra, su espacio de comodidad, solo fue posible porque fueron capaces de mirar en profundidad y ver un signo en aquella estrella. En el camino de la fe todo comienza también con esta capacidad de ver los signos de la presencia de Dios y ponerse en camino dejándose guiar por ellos.

¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? No todo está claro y necesitan preguntar. Para orientarse en su búsqueda los magos recurren a quienes conocen los designios de Dios anunciados en las Escrituras. Son estos quienes les orientan hacia el lugar en que encontrarán al rey que buscan. De igual modo, en el camino de la fe es necesaria la humildad para preguntar y la capacidad de dejarse guiar por otros.

Ellos se pusieron en camino y la estrella que habían visto se posó sobre el lugar en que estaba el niño. De nuevo en camino. Guiados ahora por las Escrituras y por la estrella, encuentran al niño y, llenos de alegría, entran en la casa, se postran para adorarlo y le ofrecen sus dones. La escena describe el momento en el que se encuentran los dos caminos: el de Dios que se encarna y el del hombre que hace el camino de la fe. Aquí encuentra la epifanía su sentido pleno, pues solo en este encuentro es “manifestación acogida”.